



# ángulos muertos sobre Etiopía



Por Luz Domínguez Domínguez  
Autora de "Tiempo Etíope" publicado por la Editorial SEPHA



La palabra Etiopía sugiere una imagen más que un conocimiento, nos evoca una foto mediática anclada en la retina: los estragos de la hambruna en niños y animales. Esta imagen tan tristemente local tiene fuerza global, y su dominio se ha expandido tan ferozmente a través de los medios, que es suficiente para definir a todo un imperio, el Imperio de Abisinia. Si bien en este caso no se cumpla esa atracción volteriana de "la belleza de lo

horrible" porque lo terrible daña nuestra ubicación privilegiada en días ausentes de reflexiones, de sondeos internos, de preguntas.

Inmersos en la era de la tecnología, lo que cuenta y trasciende las fronteras es una imagen mediática concreta, un gesto que en la mayoría de los casos no suele ser el más interesante, publicitariamente hablando, para hacer atractivo un país. Así sucede que, en ocasiones, esa imagen o ese

gesto, no se interpreta correctamente como sucede con Etiopía. No se trata de vestir los hechos con el velo de Maya, de pintar la apariencia según nuestra estación, no. Pero debemos ser capaces de ver en una foto toda una cultura, todo un entramado de elementos que preguntan y responden algo..

Cierto es que las tristemente famosas hambrunas sucedieron, diezmando la población etíope y agotaron los



recursos alimentarios, en la parte noroeste del país en los años ochenta. La terrible sequía de la región de Gondar, cuya economía es mayoritariamente agrícola, unida a un régimen político severo, era la época comunista de Haile Selassie, causó estragos irreversibles y desconocidos incluso para el propio país, lo que llevó a solicitar la ayuda internacional. Y este trágico reclamo es lo que se conoce del pueblo amhárico en un alto porcentaje de la población mundial. Reclamo que suele ir asociado a ONG, a organismos humanitarios o religiosos, etc., etc., lo que se traduce como un mensaje para "otros" y un alejamiento de nuestra posible ayuda.

Sin embargo, la ayuda se desarrolla de múltiples maneras, y un primer acercamiento puede ser interesarnos por su cultura, sus gentes, su rica historia, su idiosincrasia tan peculiar como autóctona. El turismo, que suele ser una de las principales fuentes de ingresos en países desarrollados, se sustenta con el intercambio personal, con las transacciones personales. Si no hay capital humano que visite un lugar difícilmente se creará una infraestructura que responda a las necesidades que demandan. No habrá infraestructuras sin clientes y sin clientes resulta inviable invertir lucrativamente.

Tras mi estancia en Etiopía solicité en varios medios de comunicación que se hablara de su "potencial" económico, de su tierra fértil, de sus recursos naturales. La respuesta que recibía era un silencio desconcertante, un ancho margen de duda a mis palabras que por respeto no expresaban. Y creo que en un futuro Etiopía será una referencia en África en bienes tan preciados como el agua o como el café, pero que previamente será necesaria una fuerte inversión en todos los ámbitos. Menciono los recursos materiales porque parece ser que son éstos los que más atraen a los empresarios inicialmente; puede que más tarde se potencien los aspectos culturales, pero de entrada, el patrimonio nacional de





un país no suele ser atractivo para los inversores.

Se puede comenzar por viajar a Etiopía en lugar de los clásicos circuitos que son por todos conocidos y por ello no nos asustan. Nos movemos por la seguridad que reporta la rutina, lo trillado por otros, en lugar de viajar motivados por un afán de conocimiento, de agrandar las visiones del mundo desde todos los ángulos y esquinas posibles.

Mi primer viaje a Etiopía lo imaginé por un festival de atractivos. Referencias que definían a Etiopía como "suiza africana", cuyo potencial acuífero lo sitúa como la reserva de agua en África, fueron como una trémula luz que reclamaba mi atención. Era como la gota que persiste en la memoria y acaba trepanando la parte emocional del cerebro. En este caso era mi parte helvética la que se abría como un mar a todos los tributarios posibles. Porque no soy de un solo país, no, soy de todos los lugares y con todos me identifico y disfruto como un ciudadano más allí donde me encuentre. Los patriotismos los considero una especie de orgullo colectivo, que diría Voltaire, quien ya en el siglo XVIII hablaba de la unión europea al considerar Europa como "un solo país compuesto de varias naciones". Pero la unión no implica la homogeneización, no. Cada país debe preservar su idiosincrasia, su diferenciación sin caer en los nacionalismos que matan las identidades.

En el lago Tana nace el mítico río Nilo, el Nilo Azul, y como tal los etíopes le confieren un carácter sagrado y depurativo. Lago conocido desde tiempos remotos, Heródoto ya hablaba sobre su existencia buscando las fuentes del río. Sus tranquilas aguas, su aire perfumado por aromas tanto orientales como tropicales, sus instalaciones de lujo, confieren al Lago el sobrenombre de Paraíso. Desde aquí discurre el río Nilo tortuosamente, hasta despeñarse brutalmente desde una altura de cincuenta metros formando las espectaculares cataratas de

Tis Isat, lugar divinizado por el regalo que la Virgen María hizo a los etíopes por su acogida durante su huída a Egipto, en forma de Arco Iris, y que se conoce como el "Cinturón de la Virgen".

Etiopía es rica en lagos, más de quince, y cada uno posee un encanto y una historia específica como lo demuestran los Lagos Abaya y Abbiata, que aunque se encuentran juntos, únicamente separados por una montaña, ofrecen miradas diferentes. Destacan también el Lago Chamo por sus repesadas aguas únicamente violentadas por los enormes cocodrilos africanos; el magnífico Lago Langano de aguas marrones que no es óbice para un turismo selecto de italianos y franceses similar a la costa Azul.

El concepto de paraíso oscila en cada persona y en cada momento, pero cada paraje etíope seduce al visitante. Esta afirmación puede suscitar reticencias, pero creo que la mejor manera de comprobarlo es visitarlo "in situ". Como dato anecdótico diré que el hotel más lujoso de África se encuentra en Addis Abbeba, lo que demuestra un turismo cuanto menos particular. Ciertamente que la infraestructura hotelera no es amplia, necesita una fuerte inversión, y los magníficos hoteles aún resultan caros para un europeo medio, sobre todo por asociar África con subdesarrollo y bajos precios.

El atractivo poético sobre Etiopía se personificaba en la figura de Arthur Rimbaud. El malditamente bendecido poeta galo encontró en Harar la fuente para calmar su sed de comunicarse, y de esta necesidad de diálogo surgió el aprendizaje de varias lenguas, desde el árabe al kotuo, desde el oromo al somalí pasando por el trigré o el amhárico. Europa se le quedaba pequeña y le resultaba aburrida, decía que los europeos somos unos burgueses que "cada día que nace matamos lo nuevo para subsumirlo en la rutina y la necesidad de obtener lo justo para pagarse una vida burguesa y aburrida"; por ello dejó de escribir a la fresca edad de 17



Etiopía es rica en lagos, más de quince, y cada uno posee un encanto y una historia específica como lo demuestran los Lagos Abaya y Abbiata, que aunque se encuentran juntos, únicamente separados por una montaña, ofrecen miradas diferentes





La real leyenda de la reina de Saba, cuyo idilio con el bíblico Salomón fructificó en el nacimiento del primer rey etíope, dando origen a la estirpe Menelik, es otro de los añadidos que destila Etiopía

años ( "ya estoy mayor para escribir", decía el chico de las suelas de viento), y con rumbo incierto deambuló por el continente europeo y la península subarábica hasta atracar en Harar, la mítica ciudad musulmana profanada, religiosamente hablando, por primera vez por el inglés Richar Burton, allá por el siglo XVII. Injustamente comprendido en su época, aún hoy persiste la aureola del poeta extravagante y contestatario, de mercader ambicioso. Se le ha tildado de mercenario, pero no debemos olvidar que sus armas eran las palabras, con ellas traficaba y

negociaba el arte de la vida, y como dice Álvaro Mutis "sus armas eran imaginarias". De ahí que sus poemas sean tan simbólicos y tan explosivos, metafóricamente hablando, poemas para ser ampliamente leídos con todos los sentidos y en todos los sentidos. Sus versos son relámpagos que iluminan retazos de belleza, anticipándonos un futuro que nuestra rutinaria retina rechaza ver. Versos que destellan paraísos que debemos vislumbrar y perseguir como si de una batalla homérica se tratara. Versos que nos permiten ver lo invisible, oír lo inaudible, porque





"lo desconocido yace oculto en lo más profundo de la materia". Decía Rimbaud que "lo desconocido es inherente a la realidad sensible, y que si la desembarazáramos del lastre de los hábitos e ideas preconcebidas, encontraríamos en ellas la vibración de lo maravilloso". Y lo maravilloso se descubre fácilmente en Etiopía porque en ella todos los mundos son posibles, todo puede acontecer si nos dejamos sorprender..

La real leyenda de la reina de Saba, cuyo idilio con el bíblico Salomón fructificó en el nacimiento del primer rey etíope, dando origen a la estirpe Menelik, es otro de los añadidos que destila Etiopía. Real leyenda o leyenda real se concretiza en el Arca de la Alianza en la ciudad de Aksum, ciudad que la UNESCO declaró Patrimonio de la Humanidad. Regalo o robo consentido por el padre Salomón a su hijo Menelik, cuyo primer encuentro se produjo a los veinte años. Y uno puede ser creyente o no, pero el peso bíblico-histórico ejerce un poder considerable, y comprobar que unas raídas tablas de madera existen de verdad reconforta, al menos egoístamente, nuestro ego.

Nunca se ponderará lo suficiente el peso cultural que entrañan las religiones, sea la musulmana, la cristiana o la budista. Difícilmente se comprenderá el valor artístico de una iglesia sin conocer significados como baptisterio, púlpito o sacristía, de la misma manera que podaremos la información de una mezquita sin conocer el sentido del alminar, de la orientación de la mezquita o del uso sobre sus alfombrados suelos.

Creo que si hubiera más empatía religiosa en el mundo, seríamos más libres para actuar y ser un poco más felices. Idea apuntada por Tomás Moro en el siglo XVI, quien decía que "los males no existirían en el mundo si hubiera mayor reparto de la tierra, más igualdad entre hombres y mujeres y mayor tolerancia religiosa", y concretada más tarde por Voltaire en el XVIII, cuando hablaba sobre Inglaterra, de la cual decía que "si no hubiera más de una religión, habría que temer un cierto despotismo; si

hubiese dos, se cortarían el cuello los unos a los otros; pero como hay treinta viven en paz dichosa".

Paz religiosa que se vive en Etiopía donde la mayoría de la población son cristianos, coptos, y una minoría son musulmanes, si bien conviven con respeto mutuo.

El pueblo etíope presume de ser una raza pura, un pueblo nunca conquistado por los europeos, y la invasión italiana en tiempos de Mussolini lo consideran una anécdota, sería la excepción que confirma la regla, y de ahí que la primera palabra que dirigen a los extranjeros sea ¡ferenji!; la respuesta de ¡habesha! le recuerda rápidamente que son abisinios, una mezcla de varios pueblos.

Quise visitar la cuna de la civilización humana, cuyos primeros homínidos se encuentran en los yacimientos de Lucy (lugar musicalido por los Beatles), cerca de Addis Abeba. Su hallazgo fue como una regresión al vientre materno, al centro descentrado del mundo; también fue un viaje al interior de mí misma. Etiopía me concedió la gracia de volver a vivir con otra mirada, desde la limitación y desde la belleza.

Su rico patrimonio artístico se concentra en el norte del país, destacando las ciudades de Lalibela y Aksum. Lalibela que fue la capital del reino desde el siglo X hasta el XIII, ahora su capital es Addis Abeba (quiere decir Flor Nueva), guarda un conjunto de iglesias magníficamente conservadas, algunas excavadas en la roca y comunicadas entre sí, formando un pasadizo digno de Indiana Jones en la mítica ciudad de Petra. Iglesias monolíticas, suspendidas como una roca en la montaña y cuyo acceso exige una excelente forma física y ausencia de vértigo para trepar por cuerdas hasta su entrada.

Pero lo más característico para mí del pueblo etíope son sus gentes, siempre amables y sonrientes. Son muy guapos, con una piel bellísima y un rostro armónico. Su cuerpo atlético, delgadas piernas y finos tobillos, les



Cuando viajas por el país y preguntas cuándo saldrá el próximo autobús (el único autobús que con bastante suerte pasará ese día), cuándo se abrirá la tienda, cuándo comenzará el festival que se anuncia en el aire, todos te miran extrañados y con un encogimiento de hombros





Una familia en Arba Minch me comentaba que en Europa tenemos tiempo para comprar una casa, un coche, tener un perro u otras mascotas, pero no tenemos tiempo para tener hijos

ha concedido el honor de ser un país con varios récords mundiales en atletismo.

El pueblo etíope no es árabe ni africano, son una mezcla de lo mejor de ambos, y aceptan su condición peculiar con resignación, no viven pendientes de justificarse ante nadie. Son felices en su ausencia de bienes materiales porque la vida se estructura en torno al afecto familiar. El sentido de la familia marca la pirámide social y así en un mismo núcleo conviven abuelos, hijos y nietos con respeto y amor.

En la zona sur, mundialmente famosa por grupos étnicos como los Mursis, los Karo, los Hammer...el tiempo continúa congelado. Grupos primitivos que desconocen la aguja de coser o el mechero, indígenas que se sorprenden ante la palidez del hombre blanco (enfermos nos llaman), que hablan un lenguaje cuyo código sólo conocen los miembros de la propia etnia y cuya traducción es una tarea ardua. En Etiopía se hablan más de setenta lenguas destacando el amhárico como la lengua oficial, que aunque no es conocida por todos sí es el vehículo comunicativo que relaciona a una gran mayoría de personas en las grandes urbes y alrededores.

Cada etnia tiene su marca personal que se traduce en el aspecto físico, en los rituales, en las creencias y en el idioma. Encontrar una persona que contacte con ellos no es fácil, dado que no existen escuelas de transmisión de culturas y éstas se van difuminando en los días. La enseñanza es oral, de padre a hijo, y el gobierno respeta sus creencias sin imponer ni prohibir nada; de ahí que conserven al día de hoy rituales antiquísimos.

Las etnias del Sur ofrecen la posibilidad de vivir un reportaje propio del National Geographic, donde los Mursis introducen un plato generalmente de barro en los labios, aunque a veces puede ser de madera, cuya elasticidad es de chicle. Se pintan los cuerpos de barro y se hacen escarificaciones en la piel como adorno estético y curativo.

Las orejas las perforan alargando el cartílago hasta los hombros, siendo difícil distinguir si se trata de un pendiente de oro o del propio cartílago estirado.

La alimentación es básicamente agrícola, y su integración social es escasa; los niños no asisten a las escuelas y sus conocimientos son más prácticos que teóricos. Se mueven por la necesidad, la practicidad de las cosas; de ahí que pocos conozcan los números, todos se mueven y todo se intercambia con el número uno. Generalmente cobran un birr (nueve birrs equivale a un euro) por cada foto que se les toma, y pagar a una familia de diez miembros con un billete de diez birrs origina una protesta absoluta. Ellos "desconocen" el concepto división y el número diez, y por ello es necesario repartir el billete de diez birrs en billetes de uno para cada miembro de la foto, aunque todos forman parte de la misma familia.

Los Hammer se distinguen por sus cabellos magníficamente trenzados y tintados de barro que encuentran en los ríos. Sus labios están taladrados con clavos y en la parte del pecho se untan de grasa y de barro, de color rojizo que armoniza con los taparrabos de cuero con que visten la cintura. Su presencia se anuncia por el cascajeo de abalorios con que adornan las muñecas y los tobillos. Vivir con estas etnias en el Parque Mago, cerca del río Omo que actúa de frontera con Kenia, es todo un acontecimiento. Lo más impactante es la fluidez del tiempo, no existe el reloj que sentencia las horas, el día se enciende con un rayo de sol hasta extinguirse en la noche y todo puede acontecer en función de los verdaderos protagonistas, los hombres.

Generalmente en África no hay horarios y menos en Etiopía, donde su calendario sigue siendo el Juliano en lugar de adoptar el Gregoriano como nosotros. Así, su año nuevo Meskerem, comienza un emblemático día 11 de Septiembre, y comprende trece meses. Quizá ese mes extra que añaden ellos les permite mirar de otra manera el





discurrir de la vida y disfrutar más de las cosas, vivir el mítico latinajo del "carpe diem". Los etíopes son pobres en muchas cosas materiales pero son ricos en tiempo, disponen de todo el tiempo del mundo: Su Tiempo Etíope.

Cuando viajas por el país y preguntas cuándo saldrá el próximo autobús (el único autobús que con bastante suerte pasará ese día), cuándo se abrirá la tienda, cuándo comenzará el festival que se anuncia en el aire, todos te miran extrañados y con un encogimiento de hombros...Porque no hay una hora de partida, nada está fijado; "cuando haya suficiente gente saldrá el autobús, se abrirá la tienda o comenzará el espectáculo" te dicen de forma natural. Es un tiempo abierto a los protagonistas humanos.

Una familia en Arba Minch me comentaba que en Europa tenemos tiempo para comprar una casa, un coche, tener un perro u otras mascotas, pero no tenemos tiempo para tener hijos. Que no se trata de una cuestión de dinero, sino de generosidad. Hay dinero para lo dicho anteriormente pero no hay "entrega" para el hijo porque no somos capaces de querer. Nos han enseñado a poseer, a comprar casi todo, y de ahí ese afán de llenar los huecos, las horas yermas con sucedáneos materialistas cuyo objetivo final es crear más adicción, más consumo. Es la espiral consumista que no cesa. Nuestra desoladora soledad tratamos de llenarla con objetos de diseños y banales diálogos convirtiendo la vida en un espacio yermo y desertizado en lugar de instalar un espíritu reflexivo, que apunta Ramonet.

Y algo de todo esto conoce el pueblo etíope, que vive los acontecimientos como si se tratara del acto de respirar. Hay un dicho etíope que define su carácter: "kas-be-kas inckallu begur yehedelleh" que equivale a decir "sin prisa, sin prisa, todo llegará e incluso un huevo puede andar". Y uno puede sumergirse con ellos y disfrutar cada acto que se realiza.

Imágenes que muestran paisajes

selváticos, de verdes húmedos que podrían ser montañas asturianas, caudalosos ríos difícil de ubicar junto a las terribles sequías de los ochentas, verdas sombreadas por árboles tropicales, cuyos frutos se ofertan en los caminos como los más exquisitos mercados de mangos o piñas, de melones o sandías, de plátanos o papayas...Extensiones de cafetales tapizan las montañas modificadas en bancales por la mano del hombre. Bebida originaria de la zona de Kaffa, de donde procede su nombre, y cuyo precio se decide en mercados americanos, creando una economía más dependiente y en definitiva más pobre.

Parques nacionales como el Parque Mago, el Parque Nacional Shalla, el Nech Sar, no envidian a otros más conocidos como pueden ser los de Kenia o Namibia. Lugares habitados por cebras, antílopes, jirafas, gacelas, kudus, dikdik, leopardos, hipopótamos y los famosos cocodrilos nilóticos, los más grandes de África, fácilmente visibles en el Lago Chamo.

En estos tiempos tan vertiginosamente convulsos, donde todo cambia de un momento a otro, donde las noticias se acumulan sin tiempo para digerirlas, donde la información se confunde con conocimiento, donde los hechos deben suceder a golpe de ratón; tiempos donde la naturaleza no nos asombra porque ya no hay cielos habitados por estrellas sino cielos invadidos por satélites y naves, tiempos donde las mariposas son objeto de entomólogos y los niños siguen creyendo que la leche proviene del tetra brick, el tiempo se convierte en un valor en alza y tomarnos un poco y pararnos, virar los ojos a otras esquinas como puede ser Etiopía y vivir en *Tiempo Etíope* puede ser una manera para escapar de la dictadura de lo último y ser feliz con un detalle. ❌



El pueblo etíope no es árabe ni africano, son una mezcla de lo mejor de ambos, y aceptan su condición peculiar con resignación, no viven pendientes de justificarse ante nadie

